

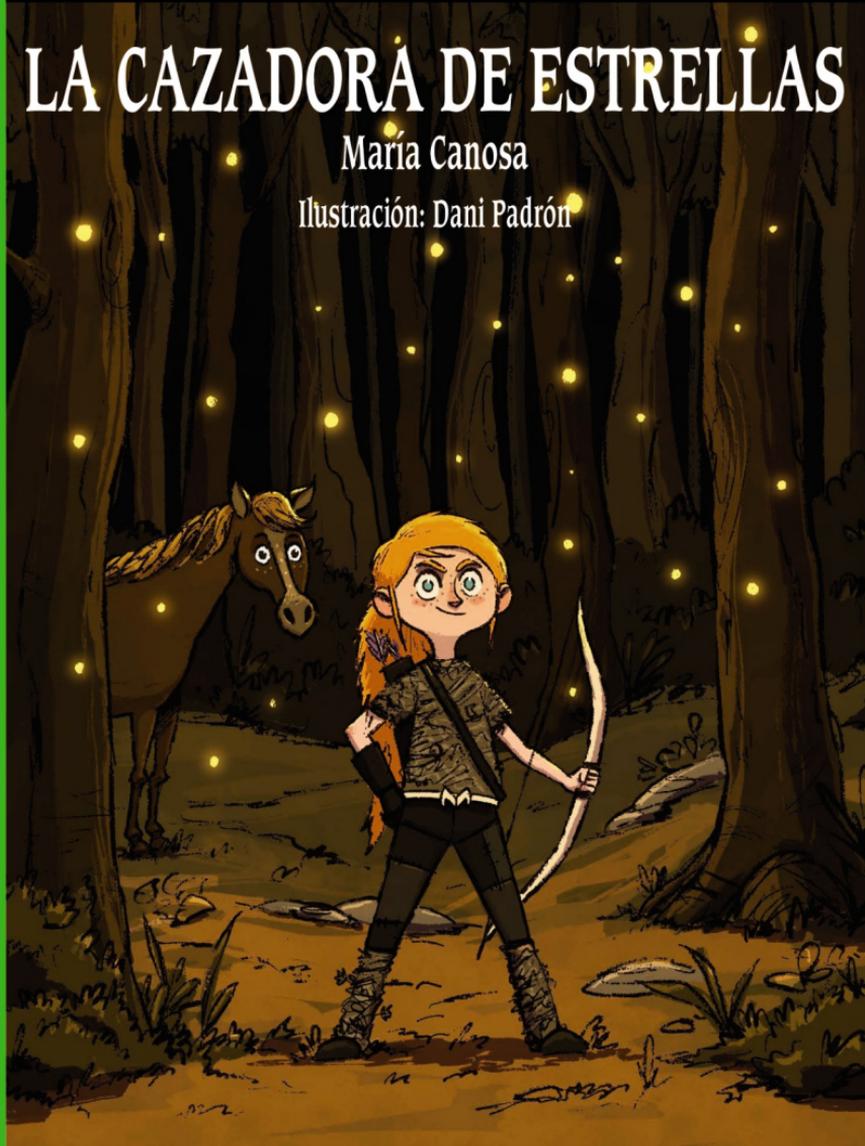


E L D U E N D E V E R D E

# LA CAZADORA DE ESTRELLAS

María Canosa

Ilustración: Dani Padrón



ANAYA



EL DUENDE VERDE



*Para la explotación en el aula de este libro,  
existe un material con sugerencias didácticas y  
actividades que está a disposición del profesorado  
en nuestra web.*

© Del texto: María Canosa, 2025  
© De las ilustraciones: Dani Padrón, 2025  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2025  
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)  
e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

1.ª edición, febrero 2025

Director editorial: Pablo Cruz  
Edición: Rocío Alarcos  
Asistente editorial: Mercedes González Grande

ISBN: 978-84-143-4280-0  
Depósito legal: M-25636-2024

Impreso en España - *Printed in Spain*



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*



EL DUENDE VERDE

María Canosa

# LA CAZADORA DE ESTRELLAS

Ilustración: Dani Padrón

# Q U E R I D O L E C T O R

Siempre fui una niña curiosa y llena de dudas. Lo de ser curiosa lo oculté callándome las preguntas, pues sabía que interrogar todo el tiempo ponía nerviosa a mucha gente. Pero lo de las dudas me complicaba tomar decisiones.

Así que busqué una solución a ambas cosas. Podría hacerme preguntas a mí misma, cuestionarme el mundo e intentar buscar respuestas. Los libros me ayudaron muchísimo con los interrogantes y las respuestas, pero a veces no encontraba los títulos adecuados... Así que me decidí a crear mis propias historias, que me ayudaban a cuestionarme el mundo, reflexionar sobre él y soñar universos diferentes.

Además de muchas aventuras, me traje hasta alguna estrella. ¿A ti también te gustaría quedarte con alguna? Entonces este es tu libro, te pertenece, ya que deja de ser solo de quien lo escribe una vez lo lees.

*Maria Canosa*

*Para Ana y Mariña,  
las estrellas más brillantes  
de mi universo.*

## PLUMAS LILAS

**LA FLECHA** trazó en el cielo, claro y limpio, el dibujo de un arco; una figura muy parecida a la del artefacto con el que acababa de ser impulsada.

Fiuuuu, sonaba en su avance curvo. Resultaba difícil seguirla con la vista. A pesar de ser de madera de abedul, su finura impedía distinguirla cruzando el azul oscuro de la noche.

La flecha no se movía excesivamente veloz, pero sí iba bien dirigida. Pocas veces no acertaba en el blanco.

Este era su estilo. Tensaba el arco con precisión y lo soltaba con cierta dulzura. Las saetas, como le gustaba llamar a las flechas, volaban libres y ligeras como pájaros. Quizás por eso las adornaba con plumas en la parte de atrás. Ayudaban a mantenerlas constantes en el vuelo.

Las plumas eran lilas, el color que está justo entre el azul y el rosa, su favorito. Así, sus proyectiles se distinguían de otros cualquiera. Pocas veces perdía alguno, pero si eso ocurría, nadie dudaba de quién era la propietaria. Nunca aceptaba flechas de otro color.

Megumi era una de las mejores tiradoras. Puede que la mejor. Este lance también había sido certero y la flecha se había clavado en medio de aquella estrella pequeñaja, muy brillante y casi tan blanca como la Luna.

Igual que ocurría con las demás, al clavarle el dardo se produjo una humareda luminosa. Por un momento, escondió a la propia estrella, como si se hubiese apagado durante un instante. Pero al deshacerse la neblina, volvió a surgir la luz luminosa con la misma fuerza, aunque con una intensidad distinta, a causa de la herida.

El sonido de la flecha al sujetarse en el cuerpo tierno y esponjoso de la estrella era algo así como un «pum» muy seco y compacto.

Jamás había tenido tiempo de detenerse lo suficiente como para definir el eco, pues debía



salir, ahora sí, apresurada a recoger la estrella. Y Megumi, además de una excelente lanzadora, era también una maravillosa recolectora.

Al introducirles las flechas, las estrellas se desequilibran un poco y después empiezan a descender, dejando un hilo de luz del que parecen descolgarse del firmamento. Son muy parecidas a las arañas bajando por un filamento de seda. Al principio titubean en la caída, escorándose, a velocidad media, pero después se aceleran y bajan a todo trapo, por lo que hay que apresurarse para llegar a tiempo y recuperarlas.

Megumi contaba con la inestimable ayuda de Turrón, una yegua que galopaba ligera como el viento. Además, poseía un sentido de la orientación extraordinario, una facilidad inmensa para sortear obstáculos y un olfato mucho más desarrollado de lo habitual.

Se sentía afortunada de tenerla. Era de gran ayuda, y las dos se querían mucho. Durante el día, paseaban juntas. Con la caída de la luz, se preparaban para trabajar.

La sensibilidad a los olores era más valorada incluso que una buena visión y agudeza visual.

De noche también resultaba de extraordinaria ayuda, pues, una vez que caían las estrellas, para localizarlas era preferible guiarse por la nariz, ya que los astros heridos desprenden un ligero olor a humo. Es muy tenue y volátil. Apenas dura unos segundos, los suficientes para dejar una huella en el ambiente con la que la yegua podía seguir el rastro mejor que el más experto sabueso. Se parece al resto que deja una cerilla nada más prenderse o una hoja de roble al consumirse en una chimenea. Algo casi imperceptible, pero que Turrón podía detectar y perseguir a lo largo de kilómetros, mucho después de que el camino invisible que el sutil olor deja haya desaparecido. Con todo, para evitar el riesgo de perder el rastro, jinete y animal salían a toda velocidad nada más dar en el blanco.

## QUE NUNCA SE APAGUE

**M**EGUMI SIEMPRE lanzaba las flechas echando pie a tierra. Pisaba tan fuerte que parecía clavada en el suelo como un árbol con sus raíces. Si le dejasen elegir, le gustaría ser un roble. El disparo sería más rápido montada en la yegua, pero a Turrón le horrorizaba el sonido de la flecha entrando en el cuerpo de la estrella y tenía que concentrarse para no escucharlo. Como no era humana —se trataba de un animal cuadrúpedo—, no podía taparse los oídos. Lo hacía, entonces, pensando intensamente en alguna canción, casi siempre la misma, la que le cantaban en la manada al nacer. Por raro que parezca, no era una canción de cuna, pero desconocía su origen.

En cuanto daba en el clavo, certera, la joven subía a lomos de la yegua que ya estaba

preparada para rastrear y salir al trote. No tardaba ni dos segundos en galopar a toda velocidad. La acción resultaba inmediata, instintiva.

Sobraban los dedos de una mano para contar las veces que Megumi fallaba un lanzamiento. Jamás habían perdido una estrella capturada porque la yegua no hubiese dado con ella. Ni una sola vez. Eran infalibles. Como una madre con su instinto. A esto debe añadirse que tampoco había fracasado con la ballesta, que era el arma con la que hacía la caza mayor, es decir, la de los grandes astros luminosos.

Esta última estrella apresada era pequeña, por lo que habían lanzado con arco, como tantas veces, prácticamente siempre. Nada más escuchar el «pum» saltó sobre Turrón, que salió disparada en la dirección que se suponía caería el cuerpo celeste. El contacto del cuerpo de Megumi sobre su costado era como un resorte que activaba el gatillo y la yegua se disparaba veloz, cual bala de plata.

Turrón pensaba en la lucecilla a la que se aproximaban. Las estrellas son puntos luminosos más bien redondeados, sin los picos triangulares con los que se suelen dibujar. Lo que sí poseen

son rayos de energía resplandeciente, los mismos que se contraen hasta desaparecer cuando les disparan. Por eso hay que tirar con cuidado, porque si la flecha atraviesa el núcleo de las estrellas, se apagan.

Eso sería un error imperdonable para Megumi. Era una fantástica cazadora de estrellas, la mejor de toda la comunidad, por mucho que a ella no le gustara considerarse así, pero jamás se perdonaría ser la causante de que se apagase una sola de ellas. De manera natural es algo que tan solo ocurre muy de tarde en tarde, ya que viven millones de años. Era impensable provocar un desvanecimiento estelar si este no se producía de manera espontánea.

Es una de las primeras lecciones que les enseñan. Las estrellas se originan en nubes moleculares y, a pesar de estar compuestas de gas, se convierten en estrellas a medida que aumenta la densidad. El proceso de formación les lleva casi toda su vida.

Megumi avanza a lomos de Turrón pensando en la magia que define la existencia de los cuerpos celestes.





## EL DUENDE VERDE

Megumi era una de las mejores cazadoras de estrellas de su comunidad. Sus flechas trazaban en el cielo el dibujo de un arco hasta clavarse justo en el medio de las estrellas, creando una neblina de luz. Cuando bajo el cielo estrellado se pegaba al cuerpo de Turrón, su yegua, las dos avanzaban como si fueran un solo cuerpo, se diría que eran un centauro a la caza de la supernova.

Edad recomendada  
para este libro:

**A partir de 9 años**

ISBN 978-84-143-4280-0



9 788414 342800

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

1571241

**ANAYA**